



PATRICK FLANERY

---

*Tierra hundida*

Galaxia Gutenberg

PATRICK FLANERY

# Tierra hundida

Traducción de  
Isabel Ferrer y Carlos Milla

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Fallen Land*  
Traducción del inglés: Isabel Ferrer y Carlos Milla

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2016

© Patrick Flanery, 2016  
© de la traducción: Isabel Ferrer y Carlos Milla, 2016  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica  
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda  
Depósito legal: B. B. 4116-2016  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-46-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para las abuelas:*

*Ethel Marguerite Linville,  
que pidió que se la recordara como hija de granjero.  
1909-2000*

*y*

*Lucille Katherine Fey,  
que lo perdió todo.  
1903-1985*

Durante el verano de 1919, llamado «Verano Rojo» por el escritor y erudito James Weldon Johnson, se propagaron disturbios raciales por todas las ciudades del país, y aquí, en esta ciudad provinciana situada entre dos ríos que por entonces era, después de Los Ángeles, la que contaba con una población negra urbana más numerosa al oeste del Misisipí, el juzgado del condado fue incendiado por una muchedumbre de cinco mil blancos coléricos decididos a linchar a dos negros, Boyd Pinkney y Evans Pratt. Pinkney y Pratt trabajaban en unos almacenes de una envasadora de productos cárnicos, y habían sido detenidos por agredir a una niña blanca de doce años; ésta, siendo ya adulta, se retractaría y admitiría que esos dos hombres no habían hecho más que saludarla cuando ella los llamó. Los dos amigos fueron colgados de un árbol ante el juzgado, y sus cadáveres, una vez despellejados y quemados, fueron arrojados al río, donde, impulsados por las turbulencias de los vapores de palas, acabaron en los bajíos lodosos de la orilla, y allí, enganchados a los escollos, sus brazos y piernas asomaban como extremidades desprendidas del cuerpo, infestados de mosquitos en medio de un fluctuante hedor a descomposición.

Ese mismo día Morgan Priest Wright, hacendado de sesenta años que había sido elegido alcalde el año anterior en representación de una plataforma reformista, fue linchado por interceder en nombre de los dos negros, a quienes él y otros varios funcionarios municipales consideraban inocentes de todo delito. Se prendió fuego al juzgado, y Wright huyó de la ciudad en su Studebaker azul y buscó refugio en su granja, donde se guareció en el sótano antitormenta de piedra situado bajo su casa junto con los arrendatarios que trabajaban sus tierras. La historia no cuenta la sucesión exacta de acontecimientos que llevó a que Wright y uno de los labradores, George Freeman, de veinticinco años, fueran obligados a abando-

nar el sótano y ahorcados de un álamo junto a la casa de Wright, que posteriormente fue incendiada por individuos desconocidos. A Freeman lo vistieron de mujer, y los dos hombres, atados cara a cara, quedaron allí suspendidos cuando la turbamulta se retiró. El hermano y la cuñada de Freeman, John y Lottie, también arrendatarios de Wright, no se hallaban en la granja en el momento de los disturbios, porque habían ido a visitar a la amplia familia de Lottie en el condado contiguo. Mientras volvían a casa en el Modelo T de Wright, que éste les había prestado, vieron humo desde lejos y, al corriente de los disturbios, se temieron lo peor. No podían imaginar que tanto su arrendador como su hermano estarían muertos, ni que la casa a la que habían sido invitados discretamente en varias ocasiones ya no se hallaría en pie. Para cuando John y Lottie llegaron, la casa de Wright había quedado reducida a cenizas, en tanto que su propia cabaña, al pie de una colina y en el límite de la finca, permanecía intacta, salvo por unas cuantas ventanas rotas. Al contemplar el álamo de más de diez metros de altura en el que colgaban, muertos, George y el señor Wright, sus cadáveres atados juntos, girando por el viento que empezaba a levantarse como preludio de una tormenta de finales del verano, John dijo a Lottie que esperara en la cabaña con los niños mientras él iba a indagar.

Cuando John se alejaba del árbol de los ahorcados y de los escombros de la casa del alcalde, cuesta abajo hacia el granero, con la idea de coger una escalera de mano para descolgar los dos cadáveres, oyó un rugido atronador, «calamitoso y catastrófico, una poderosa avalancha de ruido», y sintió la tierra vibrar bajo sus pies. Cuando se dio media vuelta, el álamo de más de diez metros plantado en lo alto de la colina había desaparecido, y desde la posición de John la tierra parecía un páramo asolado. El regreso a la granja había sido traumático, y pensó que tal vez padecía algún trastorno por efecto de la pérdida. Al acercarse al lugar donde debería haberse alzado el árbol, empezó a distinguir una sombra de oscuridad expansiva en la superficie de la tierra, como si un círculo perfecto de hierba se hubiese chamuscado; sospechó que un fuego divino y purificador se había llevado el árbol y a los dos muertos en medio de una conflagración devoradora, un caso de combustión espontánea por designio de Dios. John había visto almiares arder por completo durante épocas de sequía, sabía que las pilas de estiércol dispuestas en la periferia de la finca humeaban, e incluso había oído

hablar de pinos enormes que estallaban en un repentino e inexplicable incendio. Pero, ya más cerca, vio que la tierra no estaba chamuscada ni mucho menos: sencillamente había desaparecido. Allí donde antes crecía el árbol había ahora un hoyo; una amplia cavidad, y cuando echó un vistazo desde el borde de ese hoyo, alcanzó a ver la copa del árbol, engullido por la tierra en toda su altura junto con los hombres atados y suspendidos de él. Freeman llamó a voz en grito a Lottie, que acudió corriendo, y los dos se quedaron al borde del hoyo durante largo rato sin saber qué hacer, mirando las ramas sumergidas del árbol y escuchando la espeluznante paz que reinaba en la granja, donde incluso los zanates y los tordos sargentos se habían callado. Cuando se levantó el viento y una lluvia taladrante empezó a horadar la tierra, azotando a la pareja en la piel con tal fuerza que escocía, decidieron que nada podía hacerse hasta la mañana siguiente.

Al otro día, mientras una cortina de lluvia caía sobre el suave paisaje ondulado de la granja, embebiéndose en los escombros calcinados de la casa de Wright, John y Lottie Freeman fueron a la ciudad con sus hijos en el Modelo T de Wright para informar de las muertes de su hermano George y el alcalde. Las fuerzas del orden municipales, con el apoyo de la Guardia Nacional pero aun así desbordadas por los sucesos de los tres días anteriores, en los que habían ardido no menos de treinta casas en la localidad y alrededores, no se quedaron indiferentes a la difícil situación de John y Lottie. Acompañados por el sheriff y varios ayudantes de éste, regresaron a la granja, donde dos de los agentes de la ley se ciñeron arneses y descendieron con cuerdas al interior de la dolina, abriéndose paso entre las ramas del álamo; ya abajo constataron la presencia de los cadáveres y la identidad del alcalde. El sheriff comprendió que John y Lottie no tenían nada que ver con las muertes, no eran responsables en modo alguno, y que nunca se haría justicia: se dijo que desenterrar a esos hombres de su insólita última morada suscitaría preguntas que la comunidad no podría afrontar, que quizá nunca fuera capaz de contestar, y no haría más que aumentar la tensión entre las razas, ya que el espectáculo de un hombre negro y uno blanco, arrendatario y arrendador, unidos en la muerte, no podía explicarse fácilmente. Se acordó que lo mejor para todos los afectados era dejar los cadáveres tal como estaban, llenar la dolina con los cascotes humeantes de la casa de Wright y tierra de los campos

adyacentes. Los ayudantes del sheriff echaron una mano a John, y mientras despejaban los escombros de la casa, descubrieron la caja fuerte de Wright, la forzaron y hallaron un testamento y última voluntad chamuscado y todavía legible por el que legaba la hacienda en su totalidad, incluidas las tierras y todos sus edificios, a George Freeman, y en caso de muerte de George Freeman, a su hermano y coarrendatario, John. Se nombraba albacea al propio sheriff, y éste, como hombre que no deseaba nada más que el retorno de la paz a la ciudad que se le había escapado de las manos, no permitió que se pusieran en duda los últimos deseos del difunto alcalde, por poco ortodoxos que fueran. Y por tanto Poplar Farm, sin anuncio público, pasó a manos de John y Lottie Freeman, hijos de esclavos.

El juzgado se reconstruyó al año siguiente. Ningún hombre blanco fue procesado por los sucesos del otoño anterior, y en una granja al oeste de la ciudad se plantaron en el suelo dos pequeñas losas de granito para señalar el lugar donde estaban enterrados un árbol y dos hombres en una tierra rica en porvenir y muerte.

## PRESENTE

En este país republicano, entre las fluctuantes olas de nuestra vida social, siempre hay alguien a punto de ahogarse.

NATHANIEL HAWTHORNE

Será la primera vez que esté entre los muros de una cárcel. No, eso no es del todo cierto, porque cuando todavía era maestra visitó un reformatorio donde habían estado reclusos algunos de sus alumnos. El condado lo llamaba «centro para menores», como si no fuera nada más siniestro que un club de actividades extraescolares para los menos favorecidos de la ciudad. Formaba parte de un conjunto de anodinos edificios institucionales que incluía los hospitales del condado y de la Asociación de Veteranos, todos revestidos de ladrillo de color tostado. No recuerda que la registraran ni haber pasado por un detector de metales, aunque en retrospectiva considera que muy probablemente la sometieron tanto a lo uno como a lo otro. Ya no importa, ni recuerda, si visitó a alguien en concreto, o si solo fue una oportunidad para ver las instalaciones a modo de ejercicio de relaciones públicas por parte del departamento penitenciario local, que pretendía ofrecer una buena imagen a los educadores cuyos alumnos pudieran acabar allí dentro. Louise está segura de que le advirtieron que no hablara con los reclusos con quienes se cruzara por los pasillos, jóvenes solitarios acompañados por celadores de uniforme, chicos que eludían la mirada de cualquiera alrededor, chicas de cabello largo, caído sobre los ojos, jóvenes con el pelo a cepillo y al rape y con la cabeza afeitada, que desviaban la mirada hacia las paredes o el suelo o el techo, y también otros más duros que se volvían a mirarla de maneras desafiantes y provocativas y desconcertantemente inquietantes. Parecían conocer la vida más que ella a su edad.

Por lo tanto, sí, había estado antes en un reformatorio, pero ésta es la primera vez que visita una cárcel para adultos, un presidio estatal, aunque éste en concreto no pertenece ya al estado. En algún momento de la última década se deshicieron de él debido a los recortes presupuestarios, y ahora es una lucrativa empresa de una corporación privada que se especializa en centros penitenciarios.

Cuando la cárcel se construyó, era una fortaleza de piedra arenisca enclavada en medio de maizales y prados, e incluso cuando Louise era niña, se hallaba en el remoto límite de las barriadas sudorientales, parte de la ciudad que hasta ahora nunca ha tenido ocasión de explorar pese a haber pasado toda su vida en la zona. Al aproximarse a la cárcel, la sorprende ver alrededor galerías comerciales y restaurantes de comida rápida y un silo de los tiempos en que aquello era aún una zona rural. Al otro lado de la calle hay un cubo blanco de 280.000 metros cúbicos en cuya parte superior se lee ALMACENAJE EN FRÍO INTEGRAL en altas letras rojas, rótulo que permanece encendido las veinticuatro horas del día. Unas vías de ferrocarril pasan ante el elevador de grano y la cárcel y entran en el almacén refrigerado.

Mientras espera la hora de su cita, toma un té con hielo y ve pasar los coches en un restaurante mexicano de la acera de enfrente. El aire está turbio y se estremece a causa del calor que despiende el asfalto. Mueve la cabeza de un lado a otro como si para ella los coches significaran algo más que libertad, pero su mirada está puesta más allá del tráfico, en el patio de la cárcel, abierto para que todo el mundo lo vea, donde los reclusos, en pantalón caqui y camisa blanca, pululan por detrás de la alambrada de púas en lo alto bajo las miras de las nueve torres de vigilancia que delimitan el perímetro.

Una mujer blanca y sus dos hijos adultos entran en el restaurante, piden su comida y se sientan. Los tres son obesos, pero para el hijo, de veintitantos años, representa un gran esfuerzo encajonarse en la silla de plástico. Le tiemblan las manos y evita mirar a su madre y su hermana.

—Éste debe de ser el restaurante más tranquilo del mundo —comenta, untando las tiras de pollo frito en diversas salsas picantes, queso fundido y crema agria. Al oírlos comer y hablar, Louise deduce que los tres vienen de la cárcel, donde han estado visitando al marido de la mujer, el padre del hijo y la hija, ausente desde hace mucho tiempo. En el extremo opuesto del comedor ocupan una mesa varios empleados penitenciarios que todavía llevan las placas. Ésa es la finalidad colectiva del restaurante: dar de comer al personal del presidio y a las familias de los reclusos. Pero Louise no va a visitar a ningún ser querido, ni a nadie a quien hubiera considerado familia jamás.

Salvo por el pinar que hay entre la calle y el aparcamiento de la cárcel, no se ve un solo árbol en un kilómetro a la redonda, incluida la zona delimitada por la valla exterior del centro. Cuando accede en coche al aparcamiento, un cartel le indica que aparque en la zona reservada para visitantes, que no se entretenga en el coche y que se persone sin demora ante el vigilante de la entrada. Un penetrante olor a hamburguesa a la parrilla procedente de una de las numerosas franquicias de comida rápida cercanas satura el aire.

Hay una cárcel en este lugar desde 1866, aunque la mayoría de las estructuras de piedra almenadas se demolieron y se sustituyeron en la década de 1980 por una docena de unidades de ladrillo independientes, el mismo tipo de ladrillo de color tostado utilizado en el edificio del centro para menores y el hospital del condado al otro lado de la ciudad. A no ser por la alambrada de púas y las torres de vigilancia, el presidio podría tomarse por un colegio de las afueras. De hecho, podría ser el colegio donde la propia Louise dio clases durante más de cuatro décadas, periodo que a veces se le antoja una interminable condena de encarcelamiento diario, siempre sujeta a los mezquinos caprichos de directores sádicos, muchos de los cuales consideraban a sus alumnos poco menos que delincuentes en ciernes y a los profesores celadores sobrecualificados.

Cuando Louise telefoneó ayer para confirmar su cita, el secretario del despacho del director le indicó que vistiera pantalón largo en lugar de falda, y le explicó que los zapatos de puntera abierta y las camisetas sin mangas estaban prohibidos. La entrada al centro penitenciario está en la planta baja pero una vez dentro las escaleras van en una única dirección, hacia el sótano. Al final del largo pasillo subterráneo, decorado con fotografías antiguas de la cárcel en sus primeros tiempos, hay un escritorio y un único vigilante, alto y gordo, con una sonrisa de suficiencia en los labios. Lleva una placa de identificación: Kurt D. Tras comprobar que Louise está incluida en la lista de visitantes admitidos de ese día, Kurt retiene su carnet de conducir hasta el final de la visita, le entrega una llave de una de las taquillas, donde debe dejar sus joyas y otros objetos de valor, y le estampa la cara interior de la muñeca izquierda con tinta invisible que sólo se verá bajo un escáner de rayos infrarrojos.

—Por si hay un motín y es necesario cerrar el módulo —explica—. Así sabremos que debemos dejarla salir.

Ella se echa a reír y de pronto se da cuenta de que Kurt no es hombre de bromas.

–Descálzese, por favor.

Ella obedece, y a continuación él, sin decir nada más, señala con la cabeza el detector de metales. Después de atravesar el arco gris, Louise espera mientras Kurt pasa sus zapatos por una máquina de rayos equis. Aunque el detector no se activa, él la cachea, invadiendo con los dedos zonas que ahora sólo tocan los médicos.

–¿Qué es lo peor que ha visto? –pregunta ella a la vez que, con los brazos levantados y las piernas separadas, siente una súbita e involuntaria sensación cuando Kurt desliza la mano por el interior de su muslo. Nota sus palmas calientes a través del pantalón de algodón y se pregunta si él ha sentido alguna vez la tentación de sobrepasarse, o si lo que está haciendo en este momento es, de hecho, sobrepasarse.

Con semblante inexpresivo y reacio a la conversación, negándose a sonreír o mirarla a los ojos, él deja escapar un gruñido en respuesta a su pregunta: lo han adiestrado para hacer su trabajo, para seguir un guión, no para improvisar. Es posible que las preguntas no incluidas en su guión ni las registre como palabras con significado, sino más bien como ruidos superfluos.

–Dese la vuelta, por favor –dice con un sonsonete–, las manos a la altura de los hombros, los brazos estirados, los pies separados.

–¿Alcohol? ¿Armas? ¿Limas de acero? ¿La gente todavía cree que puede fugarse de una cárcel con una lima?

Se muerde el interior del labio inferior y contrae las manos en un espasmo al ver un cartel que la advierte de que «las bromas sobre fugas, bombas o cualquier actividad delictiva son inapropiadas en un entorno carcelario y pueden considerarse amenazas reales».

–Ponga los pies aquí, primero uno y luego el otro. –Kurt señala una máquina parecida a una báscula donde está dibujado el contorno de un zapato de hombre. Louise adelanta el pie izquierdo, que se ve empequeñecido por el contorno estampado, y ve cómo la plataforma se ilumina y vibra por un momento–. Ahora el otro... No, todavía no... Ahora. –Ella cambia de pie, vuelve a notar la palpitación–. Supongo que no lleva nada en los pies pero voy a pasarle el lector óptico una vez más.

Coge el detector de metales manual y lo desliza en torno a su cuerpo a la vez que enumera una lista de prohibiciones y previene a

Louise de que puede ser registrada en cualquier momento durante la visita y de que si no «acata alguna de las normas previamente explicadas o cualquier otra que pueda no habersele explicado pero esté, aun así, vigente», su visita «puede darse por concluida en el acto y sin previo aviso», momento en que se le devolverán los enseres personales, será acompañada a la salida del recinto y se le prohibirá volver a entrar en el centro «hasta que la administración de la prisión lleve a cabo un examen formal de seguridad, cosa que se prolongará durante no menos de dos semanas».

Kurt devuelve a Louise los zapatos y aparece otro celador en una segunda escalera. A diferencia de Kurt, éste no lleva placa identificativa, pero se presenta como Dave.

–La llevaré a la zona de seguridad, señora Washington, y la acompañaré a la sala de visitas –dice Dave.

Después de subir por la escalera al piso de arriba, llegan a dos puertas de cristal blindado sucesivas, contiguas a la Sala de Control Principal, donde una pared de luces verdes y rojas indica qué puertas están abiertas y cuáles cerradas en toda la penitenciaría. Dentro de la Sala de Control, un celador los ve y abre la primera puerta de cristal. Louise y Dave la cruzan, esperan a que otros dos empleados de la prisión se reúnan con ellos, y la puerta se cierra. Transcurren varios segundos hasta que se abre la segunda puerta, que les da paso a la zona de seguridad de la prisión, donde Louise, siguiendo a Dave por el corredor, pasa por delante de una celda en la que hay retenidos diez o doce hombres, recién llegados, que aguardan el trámite de ingreso, la entrega de las tobilleras electrónicas y los carnets de identificación con códigos de barras y fotos, y el paso por el Centro de Evaluación Diagnóstica, donde los examinarán y les asignarán un módulo. En espera del diagnóstico, los nuevos parecen aterrorizados.

Dave dobla una esquina y acompaña a Louise a la sala donde tendrá lugar la visita. Las paredes son de hormigón blanco, los marcos de las puertas de color azul vivo, y a lo largo de una pared se suceden media docena de cubículos, cada uno de ellos con sus respectivas cortinas azules, que no desentonarían en la sala de urgencias de un hospital pero en este contexto causan desazón a Louise, como si ese espacio pudiera destinarse a un repentino triaje. En la pared opuesta hay un dispensador de líquido antiséptico para las manos, y en medio de la sala una mesa de plástico blanca con dos sillas de plástico moldeadas, una a cada lado.

Louise se sienta en una de las sillas y espera a que Dave regrese con el preso. Sola en la sala, la asalta un súbito pánico cuando se detiene a pensar en qué se ha metido. No es por la proximidad de todos esos hombres peligrosos, aunque tal vez ese sea un temor subyacente o secundario: a lo que los hombres como éstos son capaces de hacer, los daños que han causado y las transgresiones que han cometido, que aún pueden cometer y que probablemente perpetrarán en este recinto oculto a la vista del público, donde, que ella sepa, incluso los celadores son cómplices. Más bien es porque teme que, una vez entre estos muros insulsos, puedan tomarla por delincuente, y el sistema llegue a la conclusión de que en algún momento se la ha dejado en libertad por error y ahora, como de hecho se ha entregado a las autoridades, permite así a la cárcel ingresarla durante unas cuantas horas, para juzgar la posibilidad de que incumpla las leyes de la propia penitenciaría, las autoridades detecten en Louise un rasgo delictivo del que ella misma no es consciente, y una vez identificado ese fallo intrínseco, previamente no reconocido, la aíslen del resto de la sociedad y la arrojen a su propio sistema séptico particular, la devuelvan a la tierra. En una ocasión, hace no muchos años, quebrantó una ley, poniendo en peligro su libertad, y escapó sólo gracias a la intervención de un hombre que ya no puede ayudarla. Quizá, piensa con preocupación, queda algún registro de esa transgresión.

Justo cuando está alcanzando el punto culminante del pánico y piensa en llamar a los celadores para que la saquen de ahí, para anular la visita, Dave regresa con Paul. Louise se recuerda a sí misma por qué ha ido: no por ella misma, sino por él, en un acto altruista. No es un comportamiento irreflexivo.

Paul lleva el pelo más corto que la última vez que lo vio en el juicio, una apretada mata de púas oscuras salpicada de destellos dorados, fruto de un proceso de teñido carcelario, que reluce incluso bajo el efecto amortiguador de los fluorescentes colgados del techo.

—Ha venido, pues —dice Paul tras sentarse en la otra silla de plástico.

—He venido —contesta Louise, y las voces de ambos casi se superponen.

—Para serle sincero, no esperaba verla por aquí.

Lo observa contraer las manos sobre la mesa. El celador, Dave, de pie junto a la puerta, se aclara la garganta en lo que parece una

advertencia a Paul antes de volverse hacia Louise para ofrecerle la correspondiente mirada tranquilizadora y, piensa ella, para hacerle una advertencia: que no se sienta demasiado cómoda en esta sala tan blanca y sin ventanas, impenetrable como la cámara acorazada de un banco. En todo caso Dave no se va a ir a ninguna parte. Es su trabajo, en igual medida que su deber, protegerla de cualquier mal, de ese hombre que ha causado tal despliegue de daños.

Dadas las circunstancias y el entorno, Paul no presenta un aspecto muy distinto del que tenía antes. La cara, la curvatura musculosa del torso, el dibujo de sus venas le producen un escalofrío, y aparta la silla de la mesa, la acerca a la pared donde está el dispensador de líquido antiséptico. Tiene la certeza de que si Paul se lo propusiera, podría echársele encima antes de que ella supiese siquiera que necesitaba huir, echársele encima y matarla antes de que Dave pudiera desplazar su considerable humanidad desde el otro extremo de la sala. Con su corpulencia y su fuerza, Paul podría levantarla en brazos y cargar con ella, una *pietà* impía. Acude a su mente un antiguo versículo: «Quedaron embarazadas de ellos y parieron gigantes». Ese pecho duro y plano dibujado bajo la tensa camiseta blanca, esos voluminosos brazos que asoman de las mangas, no parecen tanto partes de una forma animal como piezas de un sistema de engranajes y pistones, componentes duros que se mueven en una sola dirección como consecuencia de la naturaleza de su diseño y manufactura, elementos contruidos con una única finalidad y no fácilmente adaptables a cualquier espacio aparte de aquel que están destinados a ocupar, un espacio que él ahora ha perdido, que no podrá recuperar jamás. La libertad ha terminado. Nunca más será libre. Nunca saldrá de la cárcel. No a menos que el país se suma en el caos. Una lima de diamante no le devolverá la libertad. Se requerirían las bombas de la revolución o el mismísimo apocalipsis para sacarlo de allí, y Louise no puede por menos de agradecer que así sea.

Durante años el rostro de él ha aparecido en sus sueños, vociferando y haciendo muecas. Como si a causa de un tic nervioso o de demasiado tiempo en la oscuridad, dejara vagar la mirada y apretara los ojos, grandes y redondos, del color del agua del Ártico. Debe de haber estado en una celda de confinamiento. No sería extraño descubrir que es un recluso proclive a las peleas con otros presos o

a las agresiones a los celadores, el cabecilla de bandas de hombres con tendencia a huir o a algo tan elemental como dominar el espacio donde se hallan confinados. Pero la piel bajo sus ojos, sobre los pómulos, aunque aceitunada porque ése es su color natural, presenta un malsano matiz parduzco, un bronceado tan intenso que la mayor parte de su rostro debe de estar precanceroso, los poros hinchados y protuberantes como carne de gallina. Los presos pasan la mayor parte de sus horas de vigilia al sol, incluso en invierno.

Al principio no tienen nada que decirse, y a ella le representa un esfuerzo mover la lengua.

—He venido, señor Krovik. Aquí estoy, tal como pidió en su carta. Así que...

Él taconeá en el suelo, dos mazos de goma en movimiento, y de pronto se interrumpe a la vez que el eco del golpeteo reverbera en la sala. En otras circunstancias podría tomárselo por un maniquí de grandes almacenes o un muñeco animatrónico de hombre prehistórico en el diorama de un parque de atracciones. Sus facciones son primitivas, dotadas de una sólida tosquedad apenas humana en la frente, la mandíbula y los pómulos.

Aunque no tenga ya pleno control sobre su aspecto, se lo ve aseado y huele a limpio. Tiene los ojos translúcidos, muy parecidos a otros ojos que ella ahora conoce, los iris de un sutil barniz transparente con resquebrajaduras de óxido férrico. Cuando recoloca las manos, buscando una posición más cercana a la comodidad, las venas se le marcan como si lo hubieran despellejado vivo. Este leve movimiento desencadena una serie de tics que contraen el lado izquierdo de su rostro y su frente, retroceden por su cuero cabelludo y descienden en cascada por su espina dorsal, de modo que todo su cuerpo se estremece por un momento antes de quedar otra vez tan quieto que parece sin vida salvo por las palpitaciones espasmódicas que bajan por su brazo, insuflando vida al tatuaje de su bíceps, un ave con el pecho traspasado por una flecha. «El tordo», dice en letra caligráfica bajo el pájaro moribundo. Se mira el brazo como si las contracciones no estuvieran produciéndose en su propio cuerpo, o como si el pájaro fuese una ilustración que pudiera escapar de su papel vitela.

—La verdad es que no imaginaba que fuera a venir a verme —dice él.

—Ya lo supongo. Y para serle franca, tampoco yo lo imaginaba.

Los tics de Paul se ralentizan, los intervalos de quietud se prolongan hasta que el pájaro queda otra vez inmóvil en la superficie de la piel, coincidiendo el arco de su ala con la curvatura del músculo, que se contrae con repentina determinación cuando él se echa contra la mesa.

—Pero al fin y al cabo éramos vecinos, más o menos. ¿No? Amigos, incluso.

—No. No lo creo —responde Louise—. En realidad no éramos vecinos y, desde luego, no éramos amigos.

Si bien el caso de Paul apareció en la prensa nacional, Louise, después de comparecer en el juicio, eludió los medios, rehusando toda petición de entrevista; cada vez que veía su rostro, apartaba la mirada de ese hombre a quien no deseaba recordar. Nunca habría imaginado que se pondría en contacto con ella, sólo una conocida, apenas una vecina, ni remotamente una amiga. Si algo sabe con certeza de Paul, es que nunca la ha apreciado.

La carta le llegó escrita a lápiz en papel pautado escolar. Paul escribía en mayúsculas, y las letras, al igual que las casas que construía, eran desproporcionadas: los trazos verticales demasiado largos, los horizontales demasiado cortos, las palabras dilatadas hacia arriba. Aunque la caligrafía era pulcra, Louise no pudo reprimir la sensación de que el uso exclusivo de mayúsculas tenía algo de siniestro.

QUERIDA SEÑORA WASHINGTON:

SÉ QUE NO TENGO DERECHO A ESPERAR UNA RESPUESTA PERO HE PENSADO QUE NO PIERDO NADA CON INTENTARLO. NO RECIBO MUCHAS VISITAS, Y ME PREGUNTABA SI PODRÍA CONVENCERLA DE QUE VINIERA A VERME. NO TENGO NADA QUE OFRECERLE, Y QUIZÁ ÉSTA SEA UNA PETICIÓN EGOÍSTA, PERO TAL COMO ESTÁN LAS COSAS, SERÍA AGRADABLE VER UNA CARA CONOCIDA, AUNQUE SEA LA SUYA.

CORDIALMENTE,

SU ANTIGUO VECINO, PAUL (KROVIK)

P.D.: TAMBIÉN LE ESCRIBO PORQUE AHORA MISMO NO ME VENDRÍA MAL UNA AMIGA.

La carta cogió a Louise por sorpresa hasta tal punto que, después de leerla una primera vez, la dejó a un lado, y la miraba de vez

en cuando, allí en la mesa de la habitación que ahora ocupa en una casa que no es la suya. Al principio se preguntó si la carta era auténtica o una especie de falsificación. El remite era de la penitenciaría del estado y el código postal del matasellos se correspondía. Cuando pasaba junto al escritorio por la mañana o ya tarde por la noche, el papel parecía despedir un olor que le recordaba a la pólvora, los tallos de maíz secos y el estiércol.

Tardó semanas en decidirse a visitarlo. Reservas al margen, la intrigaba la posibilidad de que Paul la considerara «amiga» (de hecho, contrariamente a lo que le decía la intuición, la conmovía la idea), a la vez que la inquietaba y la alarmaba que él pudiera esconder otros motivos, o que cualquier declaración de amistad fuera sólo una manera de seducirla para que lo ayudara. Los más leves vestigios de pólvora prendidos a la carta se desvanecieron, y los residuos de descomposición se atenuaron, se endulzaron, adquirieron un olor a fertilidad semejante al del buen abono.

Louise sabe que no tiene nada que temer de Paul por el momento, dado que el celador permanece al lado de la puerta y dos cámaras vigilan la sala desde ángulos opuestos del techo. Cuando Paul se desliza hacia un extremo de la mesa, Louise oye desplazarse la cámara detrás de ella, modificando el encuadre y enfocando la nueva posición del preso. No está claro si también se graba el sonido.

—¿Sabe para qué es el antiséptico de manos? —pregunta él, señalando el dispensador con el mentón—. Es para cuando tienen que practicar el registro de un orificio corporal. —Ladea la cabeza en dirección a los cubículos de la pared y lanza una mirada a Dave, que sonríe—. Aunque se ponen guantes, después se lavan igualmente. Sólo para verla a usted hoy, me han desnudado y registrado. Cada vez que recibo visita, tengo que quitármelo todo, levantar los brazos a los lados, inclinarme, toser, relajar el culo, y dejarlos meterme el dedo si consideran que hay motivo. Y cuando esta visita acabe, lo repetirán todo otra vez. Yo les digo, vamos, dejadme recibir a la visita desnudo, y así nos ahorraremos mucho tiempo. —Enarca una ceja como si esperara alguna reacción: risas o asco. Louise mira a Dave, pero éste permanece inexpresivo, con las manos bajo las axilas.

—No lo sabía —dice Louise, preguntándose si Paul quiere que le dé las gracias, si cree que en cierto modo le hace un favor a ella por haber propuesto esta reunión.

—Sabe, supongo que tiene usted razón. —Él echa un rápido vistazo a la cámara—. Supongo que ni siquiera éramos vecinos, en realidad no.

—Siento curiosidad por saber qué hice yo para enfurecerlo tanto, señor Krovik. ¿Por qué me odiaba? —Desea decir: «Usted es el agente de mi destrucción, Paul Krovik, y no tiene derecho a tanta palabrería. Después de todo lo ocurrido entre nosotros, después de haber intentado destruir mi mundo por todos los medios, ese tono me ofende».

Paul echa atrás la cabeza y se ríe, como si no pudiera ni contar el sinnúmero de motivos por los que Louise le inspiró ese odio.

—Uf. ¿Qué no hizo usted, señora Washington? —Adopta un tono achulado y defensivo, el de un niño que aún pone a prueba los límites. Es una actitud que ella recuerda de innumerables chicos a quienes dio clase en el pasado, un comportamiento que siempre la inducía a ponerse en guardia. Si él no ofreciera una imagen tan serena, si no estuviera tan claro que todo odio se ha desvanecido ya, Louise saldría por la puerta y se echaría a correr por el pasillo. Paul contiene la risa y emite un extraño sonido, mitad gruñido, mitad gorjeo, como si fuera muy consciente de que es menos arriesgado dejar inexplorados los montes del odio existente entre ellos—. Pero eso ahora dejémoslo. Porque sepa que me complace mucho verla aquí.

Se le empañan y enternecen los ojos de una manera casi femenina, y a la vez agita la mano sobre la mesa, un zarpazo al espacio vacío entre ellos, sus dedos, muy delgados, las uñas blancas, cortadas en líneas rectas. Ella nunca ha visto a nadie realizar un movimiento así, como si Paul fuera ciego y no percibiera que las manos que desea coger están fácilmente a su alcance, justo debajo de las suyas. Louise comprende que él quiere que le coja los dedos, que convierta esta visita en algo semejante a un vis a vis ante la mirada del celador y bajo los objetivos ojo de pez de las cámaras de seguridad de la cárcel. Se echa atrás en su silla, y de pronto, casi perdiendo el control del cuerpo, hace ademán de tender una mano hacia Paul hasta que, recobrando la sensatez en el último momento, la retira. Ninguna parte de ella desea tocarlo. Necesita salir de esta sala blanca y regresar a la luz del sol y el espacio abierto, donde la distancia visible se mide en unidades mayores que un metro, donde puede pensar con claridad, recordar su objetivo en este mundo, pisar tierra en lugar de cemento. Ha sido un error visitarlo. Nada de lo que él pueda decir cambiará lo que ha hecho.

Louise se marcha de la cárcel temblorosa, con náuseas y lágrimas en los ojos. Al verla abandonar su jurisdicción, Dave y Kurt actúan como si ella fuera lo más gracioso que han visto desde hace semanas, esa vieja llorosa. Ya al volante del coche, se dirige hacia el noroeste, circundando la ciudad, hasta que se encuentra frente a una casa con tejado a dos aguas, de vertientes muy inclinadas, y las molduras de los remates muy recargadas, como la orla de encaje de una servilleta almidonada. A su pesar, esta casa ha echado raíces en su cerebro: al despertar ve el hastial deformarse, el porche ensancharse, las ventanas parpadear. Bajo la luna, con el cielo despejado, la casa permanece inmóvil, el vecindario entero paralizado en medio de vapores calientes. Oye el zumbido que ahora es siempre audible, un ruido que acaso sólo sean cigarras, pero sabe que no es eso: el monótono sonido no tiene nada de natural.

La casa se encuentra a un paso de la prolongación de Poplar Road, la principal travesía este-oeste de la ciudad, y a cuarenta minutos en coche del casco antiguo, regenerado en etapas a lo largo de la última década: los almacenes convertidos en lofts, edificios abandonados demolidos y sustituidos por parques. No obstante, algunos barrios que eran refinados hace una década han visto cómo las casas se convertían en viviendas de alquiler, cómo se alabeaban los porches y se llenaban de hojas los canalones, que ya no se vaciaban para dejar paso al agua del deshielo en primavera y los aguaceros que caen a intervalos impredecibles en los meses cálidos. Aquí, en el límite oeste de la ciudad, todo se conserva nuevo. Cualquier cosa que envejece es eliminada para dar paso a flamantes reemplazos.

En la planta baja las luces están apagadas, las cortinas corridas, los cristales a oscuras, reflectantes. En la primera y segunda planta se advierten luz y movimiento; las cortinas están descorridas, olvidando la gente que vive dentro que alguien podría estar observando. Detiene el coche en el camino de acceso, se apea, cierra la puerta silenciosamente.

Son casi las nueve, y las casas vecinas están a oscuras, salvo por la diminuta palpitación roja en las cajas de las alarmas. Mira a través del cristal de la puerta de la calle y ve luz filtrarse escalera abajo desde el primer piso, sombras en movimiento, alguien que se queda quieto y de pronto vuelve a moverse. Unos pies descienden por la escalera. Louise se agacha detrás de una de las cinco o seis mecedoras rústicas colocadas en el porche, aguzando el oído mientras ese

cuerpo se acerca a la puerta desde el interior. Se adentra más en las sombras cuando la puerta se abre por un instante y se cierra ruidosamente otra vez. En algún sitio se abre una ventana.

—¡No estaba cerrada con llave! ¡Has dicho que habías echado la llave!

—He dicho que no me acordaba.

—Cualquiera habría podido entrar. ¡No vivimos en los años cincuenta!

Éste es el sitio al que se ha obligado a llegar por fin, el sitio donde ahora debe permanecer. Se sienta en una de las mecedoras, y mientras contempla las otras casas, se le nubla la vista y las estructuras empiezan a disolverse, dando paso a la masa negra de árboles a lo lejos, al apagado resplandor de poniente cuando la tierra gira una vez más sobre sí misma hacia la oscuridad.